

## El valor del saber de los pueblos nativos

Gabel Daniel Sotil García, profesor de la FCEH

**Nativo** es el término con el cual se designa a las personas que son oriundas o naturales del lugar en el cual viven. Cuando queremos referirnos a la región, las designamos como **regnícolas**, o sea propios u oriundos de la región en la que viven.

En el caso de nuestra región amazónica, esta condición de nativo es aplicable semánticamente tanto a quienes descienden de los pueblos originarios, o sea los que vinieron a ocupar este espacio hace miles de años, como a aquellas personas descendientes de los pobladores que vinieron a partir del periodo colonial (siglo XVI).

Los primeros constituyen lo que hoy día se denominan **Pueblos Indígenas** (Convenio 169-OIT), cuyas culturas han sufrido el impacto de los últimos cinco siglos de contacto con la cultura occidental, y los segundos, la **población mestiza**, cuya actual cultura porta elementos de procedencia indígena y no indígena, con diversos grados de presencia, sector al que, por razones ideológicas, no se aplica el término "nativo" (que tiene connotación despectiva), aunque, desde el punto de vista del significado de la palabra, sí debería catalogárselo como tal. Por su parte, en este sector poblacional mestizo, hoy podemos distinguir lo que se denomina la **población ribereña**, o también llamada campesino-ribereña, que alude al conjunto de personas cuyos patrones de vida están profundamente influenciados por la actividad agro-forestal-ribereña y el sector **poblacional urbano**, que podríamos denominar emergente, constituido por las poblaciones asentadas en las que hoy llamamos ciudades selváticas, de reciente formación algunas de ellas y de reciente expansión otras, cuyos patrones de vida reflejan una nueva situación cultural dentro de nuestra región.

Es evidente que tanto el poblador indígena como el mestizo ribereño tienen una larga experiencia de relaciones con el entorno amazónico, que les ha permitido acumular una extensa sapiencia en todos los campos de la acción humana, que les ha posibilitado sobrevivir tanto individual como colectivamente dentro de estas condiciones. Sobre todo el poblador indígena es depositario de un acervo cultural logrado en el lapso milenario de trato con su ambiente.

Sin embargo, tanto en esferas oficiales como en el poblador común y corriente de las ciudades, existe el convencimiento de que los pobladores nativos, sean ribereños o indígenas, son poco menos que completos ignorantes, a quienes debemos enseñarles todo para que puedan vivir.

Para muchísimas personas (sean profesionales o no), e instituciones (sean oficiales o privadas: empresariales, sindicales, recreacionales, etc.), tanto el ribereño como el indígena viven en un mundo de ignorancia del cual tenemos la obligación de sacarlos. Para ellas, las palabras "ribereño", "chacarero",

“indio”, etc. se asocian con suma facilidad con la palabra “ignorante”, “primitivo”, “atrasado”. “El indio es un ignorante” o “El ribereño es ignorante”, son expresiones que traducen una “realidad fácilmente comprobable” para sus esquemas mentales y, por lo tanto, suenan de la forma más natural, para ellas. Para su percepción, el poblador nativo, es carente de todo conocimiento válido, a quien hay que enseñar a vivir en su ambiente.

Para esta percepción, esta ignorancia estaría expresada, entre otras pruebas, por la **torpeza** que demuestran cuando vienen a la ciudad, en la cual se desenvuelven, por cierto, con suma dificultad por el desconocimiento de los patrones de vida que hay en ella. También quedaría “demostrada” por las propias formas de vida (alimentación, vestimenta, prácticas de higiene, danzas, música, etc.), sus conocimientos, sus creencias, sus relaciones con la naturaleza, etc.

Este prejuicio nos ha llevado a desconocer el valor de las grandes conquistas de los pueblos indígenas, como por ejemplo la relación armoniosa, de equilibrio, que supo establecer con la naturaleza, el percibirse como parte consustancial de ella, su cosmovisión forestal, la curación de enfermedades a partir del uso de infinidad de plantas, la domesticación de animales y plantas, el descubrimiento de técnicas agrícolas (policultivo, rotación en el uso del suelo, etc.), el conocimiento de las propiedades de las plantas (alimenticias, medicinales, psicotrópicas, ornamentales, etc.), uso agrícola adecuado de los suelos de acuerdo a sus propiedades, uso racional de los recursos forestales, etc. Con lo que quedaría demostrado que la tal ignorancia no es real, sino supuesta, atribuida interesadamente para justificar nuestras acciones respecto de ellos.

Además, si superando nuestros prejuicios de ciudadanos, hiciéramos un análisis objetivo de nuestro comportamiento cuando vamos al medio ribereño, comprobaríamos que esta torpeza es también propia de quien va de la ciudad a las comunidades rurales, cuyas formas de vida son desconocidas por el ciudadano. Observemos nuestras grandes dificultades para hacer nuestra vida en ellas: caminar en el barro, tomar agua de pozos, del río o cochas, orientarnos en el bosque, identificar los elementos, conocer sus propiedades, conocer su utilización, realizar las actividades propias del lugar, etc.

Lo que sucede es que tanto el nativo como el ciudadano viven en ambientes culturales diferentes, en el que hace cada uno su vida, adquiriendo los conocimientos y destrezas necesarias para actuar con naturalidad y dominio en ellos. Pero, si intercambiamos de escenario a uno y otro, demostrará grandes dificultades para desenvolverse en la nueva situación.

Por todo ello es que se hace necesario que cambiemos nuestros esquemas mentales y aprendamos a valorar a los nativos, tanto indígenas como ribereños, pues son poseedores de todo un universo de conocimientos ya validados, pues por ellos han sobrevivido durante miles de años, que requerimos para construir un sistema de desarrollo coherente con nuestras

características regionales, acervo que, enriquecido con los aportes científicos y tecnológicos actuales, nos permitiría una mayor eficacia social, superando así prácticas destructivas (que nos empeñamos en imponer) de nuestro propio escenario amazónico.